

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

POLÍTICA DE CONFITERÍA

—Nada tengo que decir á vuesa merced.
—¿Nada?
—Ni siquiera puedo decirle cosa alguna de Marianao.
—¿Nao? Como dicen los portugueses.
—Nao, nao, señor, el ilustre marqués, portento viviente, hombre inteligentísimo, sigue siendo casero de D. Práxedes, de D. Amós, y de Merino y de toda la sacra familia fusionista.
—¿Pero qué vais á hacer en política? Para algo habéis venido...
—Seguimos en un periodo de calma. Ya hemos destituido á Weyler porque le acusaban de terrible los insurrectos, y ya ve vuesa merced que cuando éstos le tenían por cruel, no era cosa de que siguiese allí, porque allí hace falta un general que sepa hacer pasteles, y confites, y platos montados... diestro sea, en fin, para servir á la mesa. Por algo se sublevaron los pobres *maniguos*, los *ñáñigos*, los *guajiros*, los *neguitos* y demás... pues se han sublevado porque no se les regulaba, y ahora va á ser una delicia para ellos la vida.
—*Habe generá, sívanos un empanadita de cane fresca.*
—¿De qué provincia la quiere su mercé?
—Catalana.
—Yo prefiero andaluces.
—A mí valencianitos, con arró á la valenciana.
—Generá...
—¿Qué se ofrece, amiguitos?
—Mire que *fusi* me cansa, e mu *pesaito*, téngamelo un tiempesito mientras descanso y sívame riñones de *soldao* fesco.
—Acaban de llegar *fresquitos*, *fresquitos* de la última quinta.
—Pue ponto, ándese, mire que me incomodo, Banco.
—Blanco...
—Presente.
—Pronto unos riñones *broché* de oficialitos de infantería para D. Máximo.
—Corriendito, dirá el general.
—Me manda D. Calixto para que le diga á usted que allí él y su gente quieren mantequillas de Soria; pero han de ser del mismo Soria y han de llegar aquí sin derretirse.
—Eso es casi imposible.
—Imposible.
—Tenga usted en cuenta lo largo de la navegación, y el calor y la...
—¿Disculpas?...
—No son disculpas; pero que considere el amigo don Calixto...
—¡Ah! ¿Conque no puede usted complacer al general García?...
—Pero señor... tenga en cuenta...
—Nada, nada... No deponemos las armas, arda Troya y viva Cubita libe... ¡Viva Cubita libe!
—Cállese, por Dios y María Santísima, mire que me van á relevar si el señorito no está contento...
—Que le releven... mejor, nos mandarán á doña Emilia, que tendrá manos más hábiles para esta clase de servicios.

Todo esto pasará; en Cuba van á estar los mambises mirando por la Madre Patria, y claro, para eso se le han dado al general Blanco un mandil ídem, un libro de cocina y se le remitirán pasteles de la Mallorquina, caramelos de la Mahonesa, pastillas y bombones de la fábrica de Matías López y un gran número de mozos de todas las provincias, para que allí se diviertan los insurrectos en cazarlos y en merendárselos.

—Señor, el que tiene colonias tiene que complacerlas.

Cuando las colonias se sublevar, por algo será. ¿Por qué? Pues sin duda porque la Metrópoli, en vez de madre mimosa y regaladora, es fiera madrastra... Como diría el insulso D. Rafael María Labra, orador caprino.

¡Pobrecitos mambises! Gracias á Dios que se les deja vivir y torna á España ese feroz Weyler, que se había enpenado en castigar la rebeldía con vigorosa mano...

¿Cuando uno piensa que no podían los pobrecitos insurrectos atacar un tren, destruir un caserío ni asesinar á unos cuantos españoles sin que el monstruo de Weyler replicase con mayor fiera?

Ahora ya todo queda resuelto...

—¿Cómo, resuelto, Sancho?

—Sí, señor, resuelto.

—¿Pero ha terminado la guerra?

—No, la guerra no ha terminado, ni sabe Dios cuándo terminará... pero por lo menos, ya que los españoles sufrimos, que no sufran los insurrectos; ya ve vuesa merced que resulta más piadosa la guerra, porque uno de los dos combatientes lo ha de pasar bien.

—¡Sancho, Sancho, por Dios!... Mira que pienso que estás hablando irónicamente, porque de otro modo no te atreverías á decir nada de lo que has dicho.

—Lo dicho, dicho está. Así Moret piensa y el mismo D. Práxedes, y Manuel, el portero de Sagasta... y, en fin, hasta... Marianao. El presente periodo político es de calma, de tolerancia; iremos dando cuanto nos pidan y más; y al general en jefe se le entregaron instrucciones bien terminantes.

—«V. E. irá á Cuba. Nada de fusilar, ni de encarcelar, ni de perseguir... Mucha sonrisita, mucha amabilidad... allá va usted á demostrar que España quiere tener contentos á los cubanos, y dé usted lo que pidan...»

¡Esto es política! ¡La dulce tolerancia!

Vea vuesa merced el plácido D. Práxedes, el bonachón de Gullón, el melifluo Moret, el dulce Xiquena, el bondadoso Puigcerver y hasta el campechano de Capdepon.

¡Otra, otra política!

Cuando los yankees se enojan, pues irán vestidos de aldeanas con flores en una mano, y un plato de natillas en la otra Castelar y Labra.

¡Apoteosis!

¡Viva la política bucólica, idílico, confitera y almibaradora; política de mieles... política de bombonera... La Arcadia sagastina!

MANIFIESTO DE DON CARLOS

—¡Vasallos! sacristanes, monaguillos, nobles rancios que estáis atrasadillos, mozos de las aldeas,

aldeanas robustas y no feas, niños de la doctrina, viejas con flato, curas con sobrina, los que érais de mi cuarto militar comandantes que no saben firmar, y llenos hoy de reuma y desengaños, ¡carcas de todas castas y tamaños! escuchad de mi voz el eco augusto, pues aunque os hablo yo, creo que es justo de la crítica audaz quedarme á salvo y que firme Cerralbo;

de modo que esto es como hablaros por boca de marqués.

Me tiene fastidiado

eso de la princesa Caramán,

que ha raptado á un barbián

más bruto que una punta de ganado.

¿Desde cuándo el tal Rigo

se pudo nunca comparar conmigo?

Él es un zarramplín,

yo soy un señorón,

y si él toca el violín,

á mí no hay quien me gane en el violón.

Además, este asunto me encocora,

porque á mi niña Elvira

se le antojó en mal hora

irse con un pintor á ser pintora,

y no sólo no han vuelto de la *jira*,

sino que huelo, atisbo y ya presiento

que me van á pintar un Nacimiento;

y si entre ese gatera y esa gata

me juegan esa treta,

me hacen la *cucufata*,

y se llevó mi majestad Pateta,

porque en un Nacimiento del pintor

ya no puedo ser más que un *rey pastor*,

y tratándome ya como á su suegro,

Folchi dirá que yo soy el rey negro.

Pero, si bien se mira,

lo que acaba de hacer mi niña Elvira

con ese ganapán

es un juego inocente comparado

con lo de la princesa Caramán;

mi niña no ha engañado

ni á marido, ni á nadie, ¡ni aun á mí!

pues vosotros sabéis de buena tinta

las cosas que yo tengo por ahí,

y es claro que, teniendo un padre así,

no desmiente la pinta.

Y así como dí á Elvira por *finada*

por salvar la corona condenada,

digo también que huir con un camueso

está muy mal en la mujer casada;

pero ¿qué no hubiera hecho mi retoño,

que no ha querido ni esperar á eso?

No un violín, ¡un viola

se lleva, si la idea de no ir sola

se le pone en el moño!

¡Y aún me censuran que la dí por muerta!

Pues téngase por cosa la más cierta

que á rey me ganarán, no lo disputo,

pero lo que es á brutal!

—*Post scriptum.*—Hacedme rey aprisa,

porque tanto esperar ya causa risa,

y si aguardáis á que me encuentre viejo

y no pueda gozar cuatro deslices,

mi corona y mi cetro y mi cortejo

os los podéis poner en las narices.



EL PRECIO DEL ERROR

¡Válgate Dios y cómo cambian los tiempos! Todo el mundo es ya autonomista. La doctrina que aún no hace muchos meses pasaba por sediciosa y antiespañola, ahora es bandera de todos los partidos. La solución que, en sentir de nuestros grandes políticos, equivalía a la pérdida de Cuba, ahora es panacea infalible de sus males y de los nuestros. A ser cierto lo que tantas veces contra el autonomismo proclamó la calumnia, vendría a resultar probado que hoy todos, todos, Nación y Gobierno, republicanos y monárquicos, conservadores y fusionistas y hasta los mismos prohombres de la famosa Unión Constitucional, todos sin excepción, estaban vendidos al oro filibustero.

El planteamiento de la autonomía tiene hoy por finalidad, según sentencia unánime de los doctores, poner fin a la guerra. ¿Y cómo? Quitando fuerzas a la intransigencia y argumentos a la rebeldía; ganándonos la simpatía de los desafectos y la ferviente adhesión de neutrales; garantizando a Cuba que nunca más recaerá en la pasada servidumbre; arrebataando a los insurrectos la aureola de libertadores; demostrando que el imperio español no es en Cuba incompatible con el del derecho; haciendo ver al mundo culto que no es el nuestro un pueblo aferrado a sus rutinas y enemigo irreconciliable de toda solución de justicia, progreso y libertad.

Todo eso es lo que se busca estableciendo la autonomía, y de ello se espera la paz. Será o no será. En todo caso, los que al presente ensalzan la receta y tratan de aplicar el remedio, alguna confianza han de tener en su eficacia. Digánnos ahora esos Dulcamaras de la política en qué razón puede fundarse la hipótesis de que esa misma solución que se tiene hoy por eficaz para acabar la guerra, no hubiera sido, aplicada ayer, suficiente para evitarla. ¿Por qué? Si en medio de la lucha puede aún la autonomía desarmar al separatismo, ¿no lo hubiera mejor desarmado en plena paz? Si tras tantos rencores aún cabe suponer que la autonomía nos gane el afecto del pueblo cubano, ¿no nos lo hubiera ganado mejor antes de estallar el conflicto? Si la autonomía empleada como medio de poner fin a una lucha asoladora, ha de ser prueba ante la opinión de Cuba y del mundo entero, del desinterés de nuestro régimen colonial, ¿no habría sido esa prueba harto más concluyente a haberse otorgado las libertades que ahora se ofrecen, en tiempos en que no cupiera sospechar que fuesen arrancadas por la violencia e impuestas por la necesidad?

¿Por qué, pues, reuniendo todas las ventajas que hoy unánimemente se la reconocen, ningún político monárquico pensó nunca en establecer la autonomía? ¿Hay tantas razones! Hay la rutina que nos hace refractarios a todo progreso. Hay la ignorancia que no nos deja ver de qué suerte se conduce en sus colonias las naciones maestras en colonización. Hay el prejuicio, hábilmente explotado por intereses bastardos, que hacía de la autonomía sinónimo de separatismo. Hay la funesta tradición autoritaria y despótica, que es en nosotros una segunda naturaleza. Hay, sobre todo, el imperio de la corrupción social y política. Porque con la autonomía no era posible que Cuba siguiera siendo para un puñado de peninsulares fuente de torpes granjerías, que un grupo de privilegiados comerciara con el patriotismo, que las credenciales fuesen para muchos patentes de corso para improvisar fortunas, que los prohombres de la política, más o menos renegados, tuvieran a su disposición un campo ubérrimo donde apacentar ampliamente la manada de sus parciales. Esos son los motivos por los cuales la autonomía, proclamada hoy solución salvadora, fué mirada hasta hace poco, como doctrina vitanda con sus puntos y ribetes de delito de alta traición.

La autonomía hoy acabará o no la guerra; la autonomía ayer la hubiera evitado. Perseguidos, maltrechos, calumniados, los que siempre defendimos la autonomía teníamos razón. Prepotentes, intolerantes, violentos, perseguidores, los que antes rechazaron la autonomía, estaban ciegos. Ellos mismos reconocen con su actitud de ahora, nuestro acierto y su yerro. Lo de menos es que el acierto sea nuestro y el yerro suyo. Lo esencial de ahora sería que todos los elementos estadios y retrógrados que dominan a este pobre país aprovecharan la enseñanza que encierra tan dura lección.

Y aún sería mejor que el pueblo español aprendiera lo que le cuestan los errores de aquellos hombres por los cuales tan dócil y mansamente se deja gobernar. Culpable o no, el extravío resulta carísimo. ¿Quiere de ello convencerse la opinión? Pues calcule la suma de millones consumidos en Cuba en poco más de dos años; añada la sangre vertida, el sinnúmero de existencias sacrificadas; agregue los perjuicios causados a nuestra producción; sume la miseria y el dolor de los hogares

desamparados, las madres sin hijos, las viudas, los huérfanos; tase los males sin cuento que resultan de quedar el porvenir de la patria por muchos años comprometido; aprecie el descrédito que ante la opinión del mundo culto nos han acarreado ciertos modos de hacer la guerra; estime los efectos morales que en forma de rencores, barbarie, idolatría de la fuerza y otras semejantes, derivan de toda lucha, y haga con todos esos sumandos una completa adición. Ese es el precio del error.

ALFREDO CALDERÓN.

QUISICOSAS

—Diga usted, señor Gregorio...
—¿Qué es lo que quiere, camueso?
—Que me diga usted qué es eso del servicio obligatorio.
—Pues esa es una gran ley, y si llega a regir, chico, lo mismo el pobre que el rico irán a servir al rey.
—¿Conque todos irán juntos?
—Eso en qué cabeza cabe?
—Lo dudo, porque usted sabe que hay bulas para difuntos.

* *

—¿Y su chico?
—En Cuba está; el deber allí le tiene.
—¿Y no sabe cuándo viene?
—Ignoro cuándo vendrá.
—¿Tiene usted algún temor?
—¿Qué temor quiere que tenga?
—Pronto vendrá.

—Que no venga si ha de venir sin honor.
—¿Quiere guerra? ¡Cosa extraña! ¿Quién de pedirle es capaz?
—Venga la paz, si esa paz es honrosa para España; o a la guerra decididos los hijos de esta nación que no sufre imposición de los Estados Unidos.
La guerra a España no aterra, porque saldrá victoriosa; y ante una paz deshonrosa es preferible la guerra. Que las naciones vecinas no vean humillaciones, porque en lugar de leones nos llamarían gallinas.
Tengamos, con arrogancia, en Cuba los ojos fijos, que en España aún quedan hijos de Sagunto y de Numancia.
En fin, nada de deshonra, y aunque la marea suba ¡vale más honra sin Cuba que tener Cuba sin honra!

VICENTE RUBIO.

LA INMORALIDAD EN CUBA

¡Al fin!

En el índice de las reales órdenes referentes a personal, expedidas por el ministerio de Ultramar en la segunda quincena del mes de Septiembre último, que publica la *Gaceta*, se halla entre otras muchas, una del 28 disponiendo que venga a la Península, en comisión del servicio, el intendente general de Hacienda de la isla de Cuba, D. Emilio Fagoaga.

¡Al fin!

LANZADAS

Martínez Campos, siguiendo su costumbre de meterse en todo lo que no le importa, se ha querido meter a arreglar a los conservadores.

Y en efecto, no se han arreglado.

Es lógico.

¡Miren ustedes que pretender establecer inteligencias, un hombre que no la ha tenido nunca!

—Los vecinos de Cariño (Coruña) han andado a tiros con la Guardia civil por culpa de un agente ejecutivo a quien por poco convierten en salchicha.

Lo que dirá el agente:

—¡Canario! ¡Qué cariñosos son los de Cariño!

No pasa día sin que la prensa diaria no nos hable de un Sr. Barriovero.

Un día dice que será nombrado gobernador de Alava; al siguiente que pronto se firmará su nombramiento, al de más allá que ya está a punto de firmarse, etcétera, etc.

Así es que los alaveses están impacientísimos, y el resto de los españoles intrigados en grado sumo por la suerte del Sr. Barriovero.

¡Con esto y con que *meta el remo* en cuanto que llegue a su insula!

Para activo y celoso, el alcalde de Madrid.

En el espacio de pocos días ha hecho una infinidad de cosas.

Ha redactado disposiciones, otorgado nombramientos y decretado cesantías.

Y aún le ha quedado tiempo para redactar el bando sobre matanza de cerdos.

Inmediatamente la emprenderá con el censo electoral de Madrid.

Naturalmente.

Después de la muerte del cerdo viene el embutido.

Por fin se declararon en huelga los panaderos.

Pero han llegado tarde.

Porque entre conservadores y fusionistas han logrado tiempo hace que nos hayamos declarado en huelga los consumidores.

Y en huelga forzosa, desgraciadamente.

¿A que no saben ustedes lo que pasará el día 3 del próximo Noviembre?

Pues que llegará a Madrid el marqués de Cerralbo de conferenciar con D. Carlos, y a seguida convocará a una reunión de notables del tradicionalismo, en la cual se tomarán acuerdos de gran importancia para el partido.

Estos acuerdos y el fusil de Llorens, que es, como si dijésemos la carabina de Ambrosio, son todo lo mismo.

Hasta que los jefes del carlismo no adquieran una buena dehesa boyal, sus *honradas masas* no se echarán al campo.

Se caló don Pío el morrión,
y lleno de indignación
una nota ha redactado
que a los yankees ha asustado,
con razón.

Duro, pues, con ese tío,
y si usted no se hace un lío,
exclamará la opinión:
¡olé ya, señor Gullón,
don Pío!

El hombre de la daga dió la otra noche una conferencia en la Asociación de la Prensa, tratándola con desprecio a las razas inferiores.

¡Ya sé quién dices!

D. Paco no ve en las colonias más que romeristas.

Tetuán no transige con los contubernios que Azcárraga, Cos-Gayón y Pidal quieren establecer con Silvela.

Y enseña airado los puños.

¡Póngase usted a salvo, D. Paco!!

A Romero Robledo no le cabe el gozo en el cuerpo al ver el fracaso del famoso Directorio, y viene a Madrid dispuesto a acabar de desbaratarlo.

En efecto, el celebrísimo organismo salió a la plaza brabucón y con tendencias, pero a poco lo torearon sus amigos, le banderilleó Eulate con su carta, y ahora viene Romero a darle la puntilla.

Ahora sólo falta que Morlesín lo arrastre en clase de mulillero.

**Representante de DON QUIJOTE en Cuba,
D. Emilio Adeodaty y Gómez, Villegas, 118,
Habana.**

LIBROS

«...¿No ha de haber un espíritu valiente?»

Si, de vez en cuando—¡muy de vez en cuando!—«salta» alguno. Ahora resulta que el Sr. Gullón—¡don Pío, pío, pío!—es «todo un carácter». ¡Las eternas anomalías de la vida! Porque ¿quién iba a imaginarse que el hombre de Astorga...? ¡Nada, que no salimos de nuestra *apoteosis*, como el personaje de *Pepa la frescachona*.

Pero «volvamos en sí», como diría el presidente de la Academia de la Historia, D. Víctor Balaguer.

No es ocasión ahora de hablarles a ustedes de las energías del ministro de Estado, sino de las energías de D. Ramón Suárez de Figueroa, autor de un libro titulado *La gloria póstuma*, en el que se dicen verdades como puños a la justicia histórica, y se les acusa las cuarenta, «con todo el respeto debido», a los señores de toga. ¡Buen jugador de tute es el Sr. Figueroa!

Este libro, que según se nos dice ha alcanzado gran popularidad en el extranjero, y que acaso viajara con el Sr. Cánovas cuando éste fué a Santa Agueda, es un estudio interesantísimo de las miserias de nuestra llamada «justicia».

El Sr. Figueroa demuestra en él que no es hombre que se muerde la lengua.

Nosotros, que simpatizamos con «todos los espíritus valientes», nos permitimos recomendar la lectura de *La gloria póstuma* al señor ministro de Gracia y Justicia y a todos los que sostengan pleitos, es decir, a todos los españoles.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18,